

Muñoz Degrain cien años después

Se cumple el centenario del fallecimiento del pintor valenciano que contó la historia del cabo Noval en un lienzo ahora restaurado gracias a la Fundación María Cristina Masaveu



● ALICIA VALLINA

«¡Tirad, tirad! ¡Soy yo, que vengo entre moros! ¡Viva España!», gritó Luis Noval Ferrao, cabo del Regimiento de Infantería del Príncipe n.º 3 aquella sangrienta madrugada del 28 de septiembre de 1909. El contexto, la defensa del Zoco el Had de Beni Sicar, cerca de Melilla, en la segunda Guerra del Rif, y el asunto, la hazaña heroica del militar ovetense que, a pesar de ser capturado por los rifeños, logró advertir a sus compatriotas de un ataque inminente, aunque esto le causara la muerte.

Noval, que de madrugada se encontraba haciendo guardia en el campamento español, se alejó, de modo imprudente, más de los debidos y fue atacado por un grupo de rifeños. Le apresaron y le condujeron de vuelta a zona nacional con la in-

tención de, al abrigo del cabo, hacerse pasar por soldados españoles y atacar sin piedad a sus enemigos.

La noche oscura y el grito ahogado de Noval que salvó a sus compañeros sirvieron de inspiración al gran artista de origen valenciano Antonio Muñoz Degrain, del que este año se cumple el centenario de su fallecimiento, a la realización de un lienzo de dimensiones descomunales (277 x 420 cm) conservado hoy en el Museo de Bellas Artes de Valencia (fue donado por el propio artista en 1913). La obra permaneció, desde 1986, enrollada y separada del bastidor, en los almacenes de la institución hasta que se acometiera la urgente restauración que requería y que, finalmente, ha terminado por llevarse a cabo gracias al mecenazgo de la Fundación María Cristina Masaveu. Esta ha durado 5 meses y ha supuesto una inversión cercana a los 27.000 euros, pero ha merecido la pena para contemplar, de nuevo, la obra del colosal artista valenciano. Con ella se presentó a la Exposición Nacional de Bellas Artes en 1910 donde

obtuvo la Medalla de Honor, en un claro homenaje al comportamiento de este joven soldado cuya historia se extendió por todo el territorio nacional como la misma pólvora que disparaba su fusil.

A Luis Noval se le concedió, a título póstumo, la Cruz de 2.ª Clase Laureada de San Fernando, la máxima condecoración al valor que entonces se otorgaba a la tropa. Además, y por suscripción popular, se levantó un monumento en su honor en la Plaza de Oriente de Madrid, obra del valenciano Mariano Benlliure y otra, en 1945, en el cuartel del Regimiento del Príncipe cuando estaba ubicado en Oviedo.

Muñoz Degrain, iniciado en la pintura de historia (aunque también destacado paisajista), evolucionó en este género de modo indiscutible desde un preciosismo académico hasta un personal empleo de la luz y el color como él mismo concibe en la obra dedicada al cabo Noval (firmada y fechada el 7 de septiembre de 1910). En ella, el héroe asturiano es representado en el centro de la composición herido de muerte frente a una alambrada, pero aún en pie, casi en actitud retadora a pesar de que apenas puede sostenerse mientras sus enemigos tratan de asirle con firmeza. Los cadáveres de dos rifeños yacen muertos sobre el suelo y un enemigo se echa las ma-

nos a la cabeza al contemplar el terrible espectáculo del campo de batalla que ruga entre columnas de fuego al fondo del cuadro. Las tropas españolas luchan sin tregua y Noval, en un último aliento, trata de estrangular a un rifeño mientras dirige su última mirada hacia los suyos. La escena se desarrolla en una noche oscura y sin luna de comienzos del otoño en la que el humo de la pólvora, el implacable fuego y algunas nubes densas solo permiten distinguir unas pocas estrellas.

Al amanecer, el cuerpo de Luis Noval fue encontrado sobre el campo de batalla abrazado a su fusil y con la bayoneta ensangrentada. Los cadáveres se amontonaban a su alrededor y los gritos de los heridos y de los moribundos helaban la sangre. De esto no dio el pintor valenciano cuenta en sus anotaciones previas, aunque realizó un interesante dibujo preparatorio a ténpera, aguada y lápiz que actualmente se conserva en el Museo de Málaga, ciudad que se convirtió en su segundo hogar, donde se casó, trabajó incansablemente y hasta ejerció como profesor de un joven Picasso. Allí también impartió clases en la Escuela de Bellas Artes de San Telmo, decoró el Palacio Municipal de la ciudad y fue a morir el día de la festividad nacional de hace ahora cien años.

«El cabo Noval», por Muñoz Degrain.

